

Educar, educar, educar

Denzil Romero
y el archivo ilustrado

Monica Arruñón

La Revolución ha sido hecha por voluptuosos.
Ch. Baudelaire

L' éducation peut tout... La frase de Helvetius paradójicamente se activa en la perspectiva de *La esposa del Dr. Thorne*.¹ Como se sabe, la Educación es el espacio acompasado a la idea de nación moderna, ésa que anhelara Bolívar. Educación como aparato regulador, derecho y deber, casi metáfora de la sociedad pretendida, que en sí misma sería una escuela (el deseo de S. Rodríguez) cuando se alcanzara la felicidad prometida por los ilustrados. La educación es, desde este imaginario, lo que no «tolera el vacío» (el opuesto a la buena educación es la mala educación, no su falta²), por éso se constituye en la mayor necesidad, ya cuando se piensa en el llenado de una morfología unificadora (la nación), ya cuando, un siglo después, del perfeccionamiento de dicha morfología se trata. De ahí que la narrativa de R. Gallegos se engarce cómodamente al proyecto de los padres fundadores y se transforme en receptáculo de ese previo, con las diferencias del caso. Nuevo basamento a principios del s. XX, lugar de síntesis y proyección optimista desde donde la educación se ve como dispositivo de resolución para la urgencia homogeneizadora, la consolidación de una masa ciudadana, la promoción de movilidad social en la Venezuela moderna. Entonces, como una función en la que se deposita toda la confianza y por ello, una responsabilidad, del Estado y de ciertos hombres capaces

de proveerla, promoverla y asumir dichas acciones: los intelectuales «legisladores» de Z. Bauman. La educación para Gallegos conlleva la idea de control de cualquier *exceso*, ostensible tanto en la compactación de sus tramas narrativas como en el destino de algunos de sus personajes que tienden a ello: Reinaldo Solar, una energía descontrolada, «muere» por su inadaptación; el Brujeador, un asesino irrecuperable del llano, «muere» justamente por serlo; Doña Bárbara, la mujerona, «desaparece» en beneficio de un comienzo mejor fundado en el matrimonio conveniente de Santos Luzardo y Marisela por él socializada. Por estas razones, el «juego» con la idea de nación latinoamericana que Romero emprende a fines del s.XX, si interroga la memoria revolucionaria como grado cero de nuestra historia (y ello implica no sólo la revisión del ideario de la emancipación sino el de la Revolución francesa por él resignificado), a su vez pone en crisis proyectos como el de Gallegos, porque arrastra indefectiblemente la Educación entre sus componentes, porque se emplaza en la irreverencia y porque ronda el *exceso* como desafío al verosímil.

Los debates más fructíferos del pensamiento francés de la época revolucionaria tuvieron en la Educación un centro de reflexión inmejorable: relacionaba cultura y poder, libertad e igualdad, dominantes y dominados, etc. Z. Bauman dice, apoyándose en los rigurosos análisis de B. Baczko, que la política educativa de entonces fue modelada por el *élan pédagogique* o legado de la Ilustración en el convencimiento profundo de que la educación podía todo. Entre ese todo estaba la posibilidad de producir (ellos decían fabricar) una clase nueva de seres humanos, emancipados de «prejuicios», abiertos a un potencial pedagógico cuyos límites sólo dependerían de la inventiva de los legisladores.³ Los famosos debates son iniciados por el conde de Mirabeau, precursor de «pensar la experiencia revolucionaria en términos de educación» y por C. de Talleyrand, quien sostenía «la libertad de enseñanza, no estableciendo su obligatoriedad ni limitación».⁴ Sin embargo, otras dos figuras se destacan hasta nuestros días como paradigmáticas de la eterna controversia pues encarnan posiciones antagónicas, por ejemplo respecto de los alcances populares de la educación. Me refiero a Condorcet y Rousseau. El primero, uno de los más fervientes defensores de la diferencia entre instrucción (estatal, universal y gratuita) y educación (no obligatoria y no universal), adopta al respecto una posición menos restringida que el segundo: piensa que es posible «instruir» a toda la masa del pueblo. En cambio Rousseau parece trazar en el *Emilio* (1762) otros límites («El pobre no necesita educación; la asociada a su estado es forzosa y no puede tener otra»⁵). Esta observación, si para nuestro continente importa, por ejemplo en relación con S. Rodríguez y su resignificación / revisión de los aportes de Rousseau, su programa de Educación Social influenciado por el Socialismo utópico

o su ataque a la instrucción en beneficio de la educación, también nos regresa a Gallegos en sus distintas novelas, quien valora a Rousseau como reformista político-social y se le acerca a través de las ideas que recupera Rodríguez sobre la educación como proceso de formación integral, superador de la instrucción («escolarización» sería el uso acorde en tiempos posteriores), necesitado de ciertas presencias -los intelectuales- no demasiado visibles pero conductoras.

Por su parte Bolívar, en su proyecto de Constitución de 1819 incluye en la Sección Tercera, después de referirse a la Cámara Moral, las «Atribuciones de la Cámara de Educación». ⁶ No es, obviamente, la única oportunidad en que establece pautas sobre este componente, pero cabe la mención pues sí es el único caso donde lo plantea como espacio normativo a través de un órgano de ejecución que sucede a otro, el del Poder Moral. (Sin duda este gesto se torna operador para Romero respecto del imaginario que intenta reconstruir en su narrativa). La Sección Tercera consta de trece artículos y describe la conformación de la Cámara, sus funciones y atribuciones en lo referido a articulación del aparato educativo de la nación, sus formas, reglamentos de organización y policía, etc. Desde el artículo tercero al sexto se jerarquiza la educación («este asunto») cuidando especialmente la difusión y publicación -en traducciones- de lo producido hasta entonces sobre el tema y apelando a contribuir, desde propuestas locales, a la discusión intelectual, otro modo de participación en el concierto revolucionario europeo, otra forma de internacionalizar la gesta emancipadora americana. ⁷ La Sección apunta en lo medular a la educación como formación de una masa ciudadana, tanto en lo que atañe a su alfabetización como a una toma de conciencia de «ideas y sentimientos de honor y probidad, amor a la patria, a las leyes y al trabajo, respeto a los padres, a los ancianos, a los magistrados y adhesión al gobierno». Es claro: nación y educación, dos espacios acompasados, encauzados por sistemas de ortopedia hacia su implementación eficaz.

Interesa Rousseau, una de las fuentes primarias de Bolívar, y su puesta en diálogo con otros pensadores franceses cuyas ideas rozan los debates para un examen de la noción de *bildungsroman* que sugiero en esta lectura de *La esposa del Dr. Thorne*. Si la doctrina pedagógica desarrollada en el *Emilio* tiene en la Naturaleza un motor y una directriz de las reflexiones por la valoración de su superioridad («¿Queréis ir siempre bien guiado? Pues no os apartéis de las indicaciones de la Naturaleza»⁸), también está, entre otros, la noción de equilibrio asociada a la plena realización del hombre y la mujer naturales. El mandato de Rousseau «Buscad en todo la medianía» (325) revela sucintamente una necesidad expuesta de continuo e instaura una culminación -a la que se debe tender- marcada por el control de cualquier exceso (lo que

está fuera de la razón) y la sujeción a los límites impuestos por ciertas variables de 'orden':

En todo quiso el Ser Supremo honrar la especie humana: si da al hombre desmedidas inclinaciones, le da juntamente la ley que las regula, para que sea libre y mande en sí propio: si le abandona a inmoderadas pasiones, con estas pasiones junta la razón para que las rijan: si abandona a deseos sin raya la mujer, con estos deseos junta el pudor que los contiene; y añade para más cúmulo una actual recompensa al buen uso de sus facultades, es decir, el gusto que toma a las cosas honestas quien las hace regla de sus acciones.⁹

El fragmento redonda en una tensión resuelta por el «buen uso» de ciertas facultades y la «recompensa» que de éso deviene. También recuerda a Kant aludiendo a la virtud como aquello capaz de «reducir bajo el propio poder (el poder de la razón) todas las inclinaciones» hacia un «dominio de sí» que significa «la prohibición de dejarse dominar por los propios sentimientos y las propias inclinaciones». Se trata de la virtud (ideal pregonado por Rousseau¹⁰) fundada en la libertad interior y asociada a la vida moral propiciando un «estado de salud» opuesto a la «disminución» que sobreviene cuando el entusiasmo o la pasión se «adueñan del hombre».¹¹

El impulso domesticador (los procesos educativos erigidos en favor de una salida de la minoridad de la que sólo el hombre es culpable) ha conllevado en nuestra historia, la represión o desfiguración de los instintos y las pasiones entendidos como desviación (*excessus*). En los discursos fundacionales dicho impulso atiende, en especial, al cuerpo y la voluntad, y cuando se trata de las mujeres, se asocia a una institución, la familia, núcleo modélico inicial, unidad productora de orden y moralidad en las naciones modernas. Bolívar (Rodríguez fue su maestro), establece taxativamente en el artículo segundo de las Atribuciones de la Cámara de Educación, el protagonismo de las «madres» en el cumplimiento de la primera etapa de su programa educativo (Rousseau dixit¹²), también el de los «curas» en la difusión de «instrucciones» acomodadas (legibles) para ellas a tal efecto. Si la virtud, la discreción, la obediencia, el ahorro —de bienes materiales y deseo— son, en los discursos fundacionales, los ejes sustentadores de un universo femenino adecuado, ajeno a vicios, desacatos y escándalos (lo sujeto a castigo por ley o exclusión), entre otras cosas porque es soporte de la primera educación (Gallegos es nuevamente ejemplar), Romero insiste en oponerse. Su Manuela Sáenz pasa por todas las experiencias sexuales concebibles entre los seres humanos, movida por un deseo enardecido hacia la saturación máxima del placer. Lejos está de ella la formación de una familia (no pudo con Thorne, tampoco con Bolívar) y su posibilidad maternal es fallida (con ambos). Por éso, la educación

que Romero sugiere en cuanto a exaltación de la experiencia a través del cuerpo, las sensaciones, las pasiones, se acercaría a la *Filosofía en el tocador* (1795) de Sade.¹³ Pero la novela como universo completo abriría entre otros, a Ch. Fourier y *El nuevo mundo amoroso*, a la noción de armonía¹⁴ también como realización, aunque planteada desde un lugar rehabilitador de la vitalidad sofocada por las «falsas luces» (la expresión es de Fourier).

Sade parece atravesar el *Emilio*. En el Libro Quinto, en el apartado «Sofía o la mujer», Rousseau centra la educación conveniente de cuerpo, mente y espíritu femeninos. La denostación del «tocador» por ejemplo, donde precisamente Sade radica su filosofía, ocupa buen espacio («Dad sin escrúpulo educación de mujer a las mujeres; haced que se aficionen a las tareas de su sexo, que sean modestas... y se les olvidará muy pronto el abuso del tocador», 292). Sade cita a Rousseau (49) o se aferra a la Naturaleza —dije: motor y directriz de su doctrina pedagógica— yendo como siempre, hasta el fondo de lo posible: convoca, se regodea y esta resignificación es solo revuelta para contradecir. Cuando Mme. de Saint-Ange educa a Eugenia como libertina, aconseja:

... nuestros desórdenes ..., cualesquiera sean los excesos a que seamos capaces de llevarlos, lejos de ultrajar la naturaleza representan un sincero homenaje que a ella rendimos: ceder a los deseos que sólo ella ha puesto en nosotros sólo significa obedecer a sus leyes; sólo cuando le oponemos resistencia la ultrajamos.¹⁵

Y más adelante: «... en todos los casos, amorcito, fornicamos, porque para fornicar hemos nacido y al fornicar cumplimos con las leyes de la naturaleza, puesto que toda ley humana contraria a las de la naturaleza sólo merece ser despreciada».¹⁶ La frase que subrayo evoca, en tono y espíritu, muchas sentencias de Rousseau en el *Emilio*. La dedicatoria que abre *La filosofía en el tocador* menciona a los voluptuosos de todas las edades y todos los sexos (los que hicieron la revolución según Baudelaire) como destinatarios pretendidos y su primer párrafo es un encomio de las pasiones por sobre los límites de cualquier moralismo. A continuación, una frase en modalidad imperativa desde la elección verbal («La madre prescribirá a su hija la lectura de este libro») regresa de algún modo a las observaciones iniciales sobre la primera educación o la función de la mujer como promotora —destinataria de la misma en un proceso a lo largo de generaciones. También incluye en un conjunto de textos, los manuales y tratados, artefactos normativos de gran prestigio hacia la fijación de modelos (de femineidad, por ejemplo) impuestos por una red discursiva que históricamente tramara su sentido. La sola frase de Sade y la dedicatoria son muestra de lo que vendrá: la inscripción

obscena del disturbio en dicha trama o fractura de un estado de equilibrio, lo que reenvía a Denzil Romero atentando —a través de un 'real' productivo para esos fines— contra la compactación del discurso de autoridad.

Manuela es, desde su gestación, ajena al estado de ley («Había nacido de una unión adulterina entre el rico comerciante español Sáenz de Vergara y la linajuda quiteña ... María Joaquina de Aispuru Sierra y Pampley ...»¹⁷). Crece en un contexto de «relajación y libertinaje», cuando se imitan modalidades cortesanas, la «forma de vida de la Ilustración francesa» (30). Si Rousseau apela a una primera educación en contacto con lo natural (la que imprime Gallegos para su Luisana Alcorta de *Pobre negro*, por ejemplo), es la que lleva la niña Manuela quien se vuelve una amazona, «se baña desnuda en los ríos y lagunas, participa en los juegos de varón ... cultiva el placer de la aventura, el desparpajo y la sensualidad».¹⁸

Z. Bauman indica que el objetivo de la educación de acuerdo con la concepción ilustrada, era enseñar a obedecer en una atmósfera de adiestramiento, rutina, previsibilidad.¹⁹ Romero también refiere el «cumplir» de Manuela en este sentido, aunque trastornando las directrices del orden permitido. Si recibe una educación sistemática en el convento de las monjas de Santa Catalina, en una Quito anticuada, muy clerical, su «adiestramiento y rutina» comprende, además de lectura y escritura o labores propias de las futuras esposas y madres (trabajo con agujas, bordados de oro y plata, preparación de helados o sorbetes), una intensa ejercitación sexual promovida por expertos en estas lides (las presencias recomendadas por Bolívar para difundir «instrucciones» acomodadas a las mujeres):

Es ese convento ... uno de los más pervertidos y escandalosos de Quito ... A Manuela le toca como custodia... sor Juana Librada de la Santa Cruz ... ella la inicia en la práctica de la lascivia y la sollicitación ... No se conforma Manuela con el escarceo del amor sáfico ... así ... se entregó al fraile Bernardo Castillejo de Mejorada y Anzur, el más bizarro, instrumentado, buscón, putero y blasfemo fornicador de la frailería quiteña.²⁰

El matrimonio como institución de base para la consolidación de la familia constituye un logro y una esperanza educacional en las sociedades post-revolucionarias (era un requisito insoslayable de Gallegos para su Venezuela moderna). Es un modo de vida apropiado para las mujeres según los códigos de época (otro es la consagración a Dios). «Un intenso foco de coacciones»²¹ lo llama Foucault, por ser el espacio clarificador de los debe / no debe como puntuales lugares materiales y simbólicos de permanencia de los cuales no ha de salirse (el exceso por acepción es «salir de o rebasar» entre

otros, «fidem o modum»²²) hacia la conservación de un estado de equilibrio y una tradición entendida siempre como selección y reelección de lo significativo en una continuidad deseada²³. Rousseau aconseja el matrimonio «dichoso» en búsqueda de la «medianía»²⁴ —de ahí la necesidad de Soffa o la mujer para Emilio, en su Libro Quinto. Sade también lo aconseja a través de Mme. de Saint —Ange, aunque por razones muy diferentes, diría 'prágmáticas' en cuanto favorece libertad plena («deliciosa») y amparo social a la mujer cuando de la satisfacción de apetitos y consecuencias desgraciadas se trata²⁵. Como se sabe, Manuela Sáenz se casa con Thorne —antes, según Romero, ha hecho de las suyas dentro y fuera del convento, con hombres y mujeres. El matrimonio es convenido entre su padre y su futuro esposo, dos hombres de la misma edad casi:

Don Simón tenía suficiente dinero para encontrarle una pareja matrimonial a su hija y echar por tierra, de una vez por todas, las hablillas ...

La boda se fija para mediados de 1817, tras un noviazgo relativamente corto. Manuela no protesta. Termina por asentir. A decir verdad, lo mismo le daba casarse que no casarse.²⁶

No es el matrimonio «dichoso» de Rousseau, quien cuestiona especialmente este «estilo» bregando por la elección libre —del hombre y la mujer—, presumiblemente acertada en tanto gesto resolutivo desde una posición acorde con la educación natural recibida.²⁷ Recuerdo otra vez a Luisana Alcorta, quien elige a un mestizo, bastardo, confiando en la certeza de su amor, después de haber sido 'educada' por su tío (rousseauiano). En cambio, las convicciones profundas de Manuela aquí esgrimidas parecen fundarse en los argumentos de Sade: «¿... por qué no casarse con el Dr. Thorne? ¿Por qué no hacerlo si con ello iba a complacer a sus padres? ¿Si con el matrimonio iba a convertirse en una mujer respetada ... ?¿... Si podría coquetear con el que mejor quisiese?»²⁸. Se ve, el adulterio como quebrantamiento / desviación de la ley y la fe conyugales es una determinación, pero también una etapa ineludible en este *bildungsroman* donde el estado civil de Manuela (esposa²⁹) se valora desde un título que la afirma como protagonista de modo oblicuo y obviando el eje del relato, su relación con Bolívar cuya presencia, sin embargo, lo enmarca en apertura y cierre³⁰.

Sobre la infidelidad de la mujer, nuevamente Rousseau y Sade se cruzan desde sus respectivas doctrinas: para el primero es lo reprobable por atentar contra su idea de virtud que según dice, «es una»³¹; en el caso de Sade es lo recomendado como conveniente, pues la palabra virtud sólo «transmite ideas puramente locales» (convenciones) dado que «todo es relativo»³². Pero

en el sistema de lecturas que intento reconstruir para Romero aparece Fourier desde mi hipótesis. La circulación por las experiencias amorosas de Manuela entraña el culto de la voluptuosidad como animación del amor o «pasión de la sinrazón», de la «naturaleza pasional» o «fuente» mantenida siempre en secreto, una energía desde donde irradian ímpetus reorientadores de la vida que por eso debe ser recuperada como manera de «recorrir a nuevas luces ... para descubrir nuestros destinos sociales y alcanzar la felicidad ...»³³. Tanto en este punto —que diferencia radicalmente a Sade de Fourier— como en el adulterio encuadrado en el matrimonio y la monogamia —que permite también recuperar a Rousseau—, percibo el predominio de Fourier en la consideración de estas cuestiones por Denzil Romero. Cuando Fourier incita a atacar el tronco de las falsas luces, se refiere específicamente al prejuicio que determina, en las naciones civilizadas, la articulación de todo un sistema represivo de las pasiones en lugar de su estimulación e investigación (no olvidemos que es un hijo pródigo de las luces y arrastra su compulsión reflexiva, su impronta científicista, visibles en la modulación de sus tratados y escritos). La monogamia (el matrimonio), reconocida por consenso en Occidente como prototipo de la unión entre hombre y mujer, es la concepción que para Fourier ha favorecido una sola y verificada gran consecuencia, la «cornudez»³⁴:

Nuestras constituciones no quieren admitir más que un solo género de amor: la monogamia. Pero no se puede hacer reinar un solo género en exclusiva, por lo que la monogamia exclusiva o fidelidad conyugal es violada a cada instante y por todas partes se habla de adulterio.³⁵

Observemos que no se trata de la noción de virtud —ya para su exaltación, ya para su violación— como punto de mira del matrimonio, sino del género amor o esa pasión entendida como el núcleo productor de esta doctrina excéntrica, plasmado en el título del manuscrito que llega a nosotros³⁶, donde se esfuerza en seguir el mandato de Bacon: rehacer el entendimiento humano olvidando lo aprendido. Cada página de Fourier, cada una de sus sistematizaciones, desactivan nociones y perspectivas arraigadas en nuestra cultura: así, por ejemplo, arremete contra uno de los mecanismos fuertes de autopercepción en Occidente, el «hábito» civilizado / bárbaro / salvaje.³⁷ La frase de apertura en la cita anterior («nuestras constituciones») instala de lleno en el dispositivo reglamentario fundamental para las naciones modernas. El resto, en su crítica despiadada del sistema legal «en civilización», al que denomina en otro momento de su tratado un «absurdo cómico»³⁸ frente a verdades «ridículas que demostrar» como la existencia continua, empecinada del adulterio. Fourier leyó a los filósofos y teólogos que preconizaron la

represión de las pasiones aun adhiriendo al estado de naturaleza (Rousseau), también a quienes intentaron ubicarse en las antípodas de los mismos (Sade), y se lanzó a sobrepasarlos para «rehacer el mundo»³⁹ desde un lugar de separación y duda⁴⁰. Interesan por una parte, estos últimos gestos que restituyen el imaginario de la crisis, a la par de su condición de utopista apostando al amor, quien desde un recorrido propio persiste en la posibilidad de llegar a la «felicidad» (la promesa ilustrada) de la que la legislación humana apartara. Y por otra, la osadía de sus observaciones, comparable con la de un Sade, a quien sin embargo se opone desde la noción misma de placer.

El concepto de equilibrio, presente en el discurso político de Bolívar como la mayor aspiración en cuanto a sistemas políticos imaginados y a la formalización misma de su escritura, recurrente en las páginas anteriores desde posturas disímiles (Rousseau - Fourier) y explorado en función de esta novela de Romero, conduce a una de las «autoridades» fuertes en escritos fundacionales como la «Carta de Jamaica» o el «Discurso de Angostura». Me refiero a Montesquieu. En *De l'esprit des lois* (1784), tras el «espíritu general» de una nación brillan nociones como coherencia y contrapeso: «Todo está extremadamente enlazado», «Suprímase una de estas prácticas y se socavará al Estado» dice el señor de la Brede.⁴¹ Cuando Fourier dictamina: «... en la armonía, los amores (y los placeres) se vuelven *asunto de Estado* y fin especial de la política social ...»⁴², se funda en preceptos de Montesquieu (en realidad esta fuente asedia desde la elección misma del nombre de su ciudad utópica: Armonía o Harmonía). Y es uno de los rescatados justamente porque le permite el encuadre estricto en el tratado de filosofía política más abarcador de la época para articular las pasiones en diálogo 'equilibrado' con la razón. El trabajo de análisis, clasificación, contabilización, especificación, cuantificación (la empresa titánica de Montesquieu) implica en Fourier el pronunciamiento de un discurso de racionalidad sobre las pasiones⁴³ esgrimiendo no sólo en un nivel comunicativo sino metacomunicativo y desde una perspectiva vilipendiada, la teoría de los contrapesos tan mentada por quienes fomentaran las «falsas luces»:

... ignoran la teoría de los contrapesos ... , de suerte que la más loable pasión llega a ser peligrosa para el individuo o el cuerpo social que quiera desarrollarla en pleno —como lo atestiguan la continencia, la caridad, el amor de la gloria—, y una nación que practicase plenamente la continencia se acercaría a su acabamiento al cabo de medio siglo y se vería obligada a declarar que la civilización es un vicio que es preciso refrenar ... ⁴⁴

Romero inserta en su novela de modo intermitente las cuestiones revolucionaria y política, las entreteje en las búsquedas deseantes o universo placentero de Manuela Sáenz dejando entrever así una educación sincrónica a la escalada pasional hacia el *estado de plena armonía*. El proceso empieza por el desapego: no olvidemos que se fuga del Convento de Santa Catalina con un español, el capitán D'Elhuyar, y que su medio hermano, también su amante, es oficial del batallón realista «Numancia». Termina en el compromiso absoluto con la causa revolucionaria americana, iniciado antes de conocer a Bolívar y manifiesto después en acciones de pura exposición como su participación activa en Ayacucho a las órdenes del general La Mar (128) o el resguardo del amante en la época de las conspiraciones y los atentados —que aquí Romero toca en sesgo y asume plenamente en *La Carujada*— a costa de su integridad física y social.

El par *saber – poder* o atributo fraguado en la Ilustración es blandido por Bolívar en sus escritos hacia la concreción de efectos persuasivos. La «Carta de Jamaica» resulta un ejemplo de lo que adelanté, especialmente por las circunstancias en que fuera escrita y por sus destinatarios positivos, directos e indirectos. Aquí el componente apelativo se sostiene sobre una base muy sólida que los componentes descriptivo, didáctico y programático aportan; aquí Bolívar emplea, además, la frase «deseo racional»⁴⁵ abriendo claramente a ese campo de proyección siempre controlada por el «buen uso de la razón» (kantiana) en el que trata de inscribirse cada vez. En la novela de Romero el par *saber – desear* articulado desde Manuela Sáenz funcionaría como variable de contrapeso hacia un completamiento de las «teatralidades»⁴⁶ revolucionaria y política.

Si Bolívar se esfuerza por *mostrar* su aprendizaje de la libertad fundado en un estado de «razón» que llega a direccionar hasta su deseo, Romero *muestra* un aprendizaje de la libertad sostenido en el «buen uso de la pasión natural» que compromete también la guerra, el poder y la razón de Estado. Ambos «saberes» se conciliarían en la novela desocultando escenarios que hacen muy visible el «deseo», lo que siempre está, especialmente cuando de *poder* se trata; me parece que puede entenderse como la forma de socavar su concepción en tanto motor e instrumento de una racionalidad represiva. Si el culto a Bolívar⁴⁷ *para el pueblo* como afirmación del poder político ha implicado en Venezuela el recurso a la espectacularidad desde conmemoraciones, manifestaciones y actos públicos e institucionales tendientes a su reseñalamiento o a la *exposición* de sus valores, en esta novela se trataría de la *exposición* de «escenas» del *culto del pueblo*, imaginadas desde un lugar que lo invierte simbólicamente como el gesto de desorden relativo a cualquier orden⁴⁸. Me refiero a la capacidad amatoria de Bolívar, continuamente referida en su anecdotario 'privado', una potencia o base de

su autoridad que determinaría al mismo tiempo su vigencia y se *señala* en contextos menos oficiales, como los altares de las montañas: «Detrás de la piedra había un chorro —la fuerza de Simón Bolívar, me dijo Ofelia— y de verdad era muy fálico, eyaculando en medio de dos piedras negras, bien curvadas y suaves, para caer en un pozo de agua cristalina». O ciertas pinturas populares que indirectamente la manifiestan: (Bolívar) «es el hombre a caballo, un caballo que exhibe grandes testículos...». ⁴⁹

Romero desbarajusta un mecanismo de legitimación política, se aferra como muchos, al discurso de quien sustenta la mitología nacional, pero lo mezcla, se asoma a sus implícitos, lo expande e inserta la visión extraoficial que le es inherente. ⁵⁰ En realidad creo que dicho modo de reinscripción intenta sacar otros provechos, alguno anticipado en las cavilaciones del Bolívar íntimo que presenta en el primer capítulo de su novela: «... y pensó para sí que todos, él y los consejeros, eran unos *clnicos* redomados ... pensó que la *obscenidad* era inseparable de la política» ⁵¹. La palabra obscenidad aplicada a la política instaure desde páginas iniciales, un mucho más allá de la sexualidad expresada obsesivamente, volviendo presentes interpretaciones que se han dado a su utilización en tanto recurso, la de «apartar el velo», por ejemplo. ⁵² Y así, Romero «educa» regodeándose de modo irreverente en aspectos constitutivos del primordial componente revolucionario francés: en los documentos del debate educativo, se piensa una sociedad ideal cuyo denominador sería la «visibilidad total de la conducta individual y relaciones» y su metáfora, la transparencia» ⁵³ (de ahí mi uso reiterado de *mostrar* y *exponer*).

En la novela está, entonces, la apelación al equilibrio, aunque *descubriendo* formas subterráneas («la sexualidad libre es el muerto que resurge y vive» decían Horkheimer y Adorno ⁵⁴): el *exceso* (lo que desborda la norma) sería la contra—cara inseparable de la razón (todo acto de cultura supone uno de barbarie). Y *mostrando* no sólo desoculta, hace evidente la posibilidad de ocultamientos o la necesidad de despertar a nuevos sentidos pretendiendo sustraer quizás de estados de inercia (interpretativa, resignificativa) que condujeran a reiterados fracasos políticos ya expresados en el grado cero de una historia nacional compartida. Los fragmentos del Discurso de Bolívar cuando asume el mando supremo del Estado ante el vacío de poder producido por la disolución de la convención de Ocaña, diseminados en la apertura de este relato, explican «por boca» fehaciente del Libertador cómo se vieron *burladas* las esperanzas de todos ante el modo de implementación constitucional, de allí que piense en Fourier como una autoridad también en los sentidos político y económico. Porque Ch. Fourier expuso una crítica muy aguda del sistema capitalista y de la sociedad que lo rodeaba: Engels lo llamó «uno de los más grandes satíricos de todos los tiempos» ⁵⁵. Había vivido en Lyon conociendo la miseria obrera que la revolución industrial generara,

de ahí su preferencia por la agricultura, por ejemplo: más que el aumento de la producción, su clave era el aumento del bienestar de todos. Incluso llegó a juzgar de forma severa la revolución de 1789, la que consideraba antidemocrática y antiigualitaria, y a desconfiar de los Estados tal como se proponían, sosteniendo que la reorganización de la sociedad debía darse desde abajo, no desde lo alto. Siendo muy crítico del liberalismo económico señaló su rostro oscuro, el de la miseria o la anarquía, apuntando a una Inglaterra que para él ofrecía el más triste espectáculo. Desde estos conceptos resulta difícil olvidar la admiración de Bolívar por el sistema constitucional y parlamentario inglés o su resituarse en un sistema de referencia que tuvo como norte a esta potencia europea precisamente por su desarrollo industrial.⁵⁶ O a Thorne y lo que él representa, el inglés de quien Manuela se *burla* descaradamente despreciando su amor, sus *esperanzas*, y a través suyo, del «honor» y el «respeto» mencionados como elementos de la Educación a proveer en la Sección Tercera de la Constitución de 1819 que redactara Bolívar:

-¿Qué honor ... ? ¿El mío ... ? ¿El de una mujer que ciertamente se refocila con Castillejo, un fraile putero, cuyo cipote mide doce pulgadas en redondo y diecinueve de fuste ... ? ¿Que también, en verdad, se fugó con D'Elhuyar... ? ¿El honor tuyo ... ? ¿Qué honor?

-El inglés, Manuela —contestó el doctor Thorne sin perturbarse.

-Me cago en el honor de los ingleses ... ⁵⁷

En Fourier la legislación como represión se ve deshecha porque su mundo utópico está desprovisto de todo mal. En *La esposa del Dr. Thorne* también el placer es ajeno al mal —la gran diferencia entre Sade y Fourier estudiada por Barthes: el placer sensual resulta *el* móvil que lleva a la armonía (podría decirse: hacia toda posible construcción⁵⁸). Como indiqué, habría aquí una desactivación del concepto de 'virtud' y por ende de su antagónico (vicio) basada en una crítica de la «moral hipócrita» en beneficio de la «moral natural».

Cuando Fourier encomia las pasiones, subraya la imposibilidad de cualquier distinción entre «buenas» o «malas», identificando la moral con la superstición: «un mismo error». Y precisamente desde su doctrina, los errores convertidos en *prejuicios* han alcanzado la fuerza de principios, de ahí su afán por combatirlos, un modo de acabar con las falsas luces («Los amores en civilización son como la polística», dice, «el apogeo de la falsedad»⁵⁹). También usa la palabra «excesos», cada uno de esos experimentados y promovidos por Manuela desde un lugar que desconoce la valoración negativa —el de la moral civilizada o moralismo— y necesita de su recuperación para completar una educación propiciatoria de dicha armonía. Desde la celadonía,

«primer orden del amor» o *amor platónico* del vulgo⁶⁰ a la orgía, pasando por el safismo (con cuota de travestismo), el incesto, el adulterio..., la Manuela de Romero cumple con las tipologías de Fourier transitando un ciclo hacia su *realización* y si en algún momento empuña un discurso autocrítico desde el estado de razón o su *pathos* de perfectibilidad es sólo para deconstruirlo (la última cita es un buen ejemplo).

Es difícil no recordar a Gallegos desde este lugar: nociones como vicio y virtud impregnan sus universos saturados de juicios de valor en las modalidades de vida *acceptables* que traza cada vez, eludiendo el acecho del mal. Doña Bárbara, su personaje de mayor densidad discursiva, se parece por momentos a Manuela Sáenz. Ambas son «amazonas»: montan, enfrentan a los hombres, disparan, controlan, deciden. Sin embargo este perfil «varonil» (los «hábitos del marimacho», como dice Gallegos) es tan denostado en la novela como, en lo «tocante a amores», esa «mezcla salvaje de apetitos y odio de la devoradora de hombres» que permanece sólo en el plano de la referencia.⁶¹ Gallegos se controla hasta el punto de no mostrar la «voracidad» tan mentada de su Doña Bárbara: la censura y se censura. Romero en cambio, buen fourierista, la enaltece, y exalta cada parte (femenina y masculina) de Manuela sin menoscabar ninguna cuando de deseos se trata. Propone la articulación equilibrada de dichas partes al describir el *estado de armonía* alcanzado con Bolívar, quien, dice, «... sabía tocar ... (porque) ... tocaba con exactitud, regalándose en cada toquido, explayando el fervor que le invadía ... Pero también sabía complacer la parte masculina de Manuela, bien desarrollada ... la parte varonil de su mentalidad amorosa; satisfacción alucinante de deseos, necesidad, aspiraciones, recónditas permisiones y tabúes milenarios, miedos ancestrales y exigencias perentorias...».⁶²

Por eso esta novela como totalidad parece ponerse siempre aparte, en paralelo o a contramarcha tal como Manuela Sáenz. Pienso que los propósitos deliberados —la irreverencia festiva, el desnudamiento, la glorificación de lo silenciado— orientarían por un lado, hacia una relocalización despojada de la noción de *prejuicio*, adhiriendo probablemente a esa clase nueva de seres humanos emancipados que impulsara el *élan pédagogique*. La estrategia repetitiva y acumulativa visible en cada página⁶³, con el consecuente efecto de naturalización del *exceso* (como desviación) que promueve, tendería a la suspensión de juicios de valor. La «cornudez» por ejemplo, compromete aquí al triángulo protagónico como denominador común: todos son cornudos y cada uno respondería a alguna /s de las ochenta categorías tipificadas por Fourier en su *Jerarquía*...⁶⁴ probando la hipótesis excéntrica.

Si como Romero dice desde su Bolívar, «la memoria tiene una decidida inclinación a lo heroico» (18), la pulsión por el equilibrio obligaría a articular una fuerza contraria para contrarrestar la anterior. Por ello descubre un final

humanizado en la debilidad de su «escuálida y terrible figura», «de rostro (tan) demacrado» que produce estremecimiento. Es el cuerpo (individual pero también social) que «a duras penas» sube la escalera que conduce precisamente a la alcoba (la suya, la de Manuela) o lugar íntimo donde Romero decide concederle la reconciliación entendida como restablecimiento y acuerdo. Bolívar en el comienzo de la novela es el hombre solo en estado de necesidad que, sin embargo, logra sustituir el aislamiento o la discontinuidad asociados al máximo poder alcanzado, refugiándose en un sentimiento de continuidad profunda que sólo el recuerdo y el vínculo con *una* mujer le provee (Bolívar solía llamar a Manuela Sáenz «la mujer única»⁶⁵). Recordemos que las cavilaciones nefastas del comienzo aludiendo al fracaso político son reemplazadas por el recuerdo alucinado de la relación amorosa que le proporciona esa nueva energía desde donde irradian ímpetus reorientadores de la vida a que me referí. Por ello Romero cierra este relato abruptamente, con la decisión (compartida) de los amantes de mudarse juntos (un final muy diferente del conocido, es claro) ¿No es éste acaso el cumplimiento de la Educación según el mandato del maestro Rodríguez: la unión de *voluntades* capaces de decidir y hacer por el bienestar común?. Por otra parte, si de visitar el panteón se trata cuando se asedia la idea de nación, aquí se produce centrando una figura femenina patriota (una opción cultivada especialmente por narradoras latinoamericanas), pero despojada de prejuicios o normas conducentes según criterios preestablecidos y en relación de paridad en cuanto a energía y potencia (sexual) con el héroe de la mitología nacional venezolana. El proyecto de Romero es ciertamente osado: esta novela de Manuela Sáenz permite recuperar en clave biográfica, un linaje femenino que parece no ser fácilmente doblegado o que ensaya la rebeldía sin caer en el fastidio por ejemplo⁶⁶ rearticulando sistemas de lectura nada despreciables en la revisión del *altar de la patria* como fundamento.

NOTAS

¹ Este artículo toma aspectos desarrollados en mi tesis doctoral (inédita) sobre las narrativas de R. Gallegos, A. Uslar Pietri y D. Romero

² Denzil Romero, *La esposa del Dr. Thorne*. Barcelona: Tusquets, 1990 (4 ed.). Las citas y paginación anotadas corresponden a esta edición.

³ Z. Bauman, *Legisladores e Intérpretes*. Bs As: Univ. de Quilmes, 1997: 101.

⁴ *Ibidem*.

⁵ G. Weinberg, «Condorcet y la instrucción pública», s/d.

⁶ *Emilio o De la Educación*. México: Porrúa, 1999: 15. En *La nueva Eloísa* es terminante: «No enseñéis al hijo de un aldeano, dado que no son aptos para la enseñanza» (Citado por Bauman, *ibidem*.)

⁷ *Doctrina del Libertador*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1979:127-134

- ⁸ Para Bolívar el afianzamiento de las propias empresas implicaba siempre un más allá de los límites continentales. La «Carta de Jamaica» es un escrito revelador, tanto en sus componentes descriptivos como programáticos, del afán por universalizar los conflictos locales y reafirmar una pertenencia al archivo (histórico) occidental.
- ⁹ *Emilio cit.*: 282. Subrayado mío.
- ¹⁰ *Ibidem*: 280.
- ¹¹ «La virtud es una ... Quien la ama, la ama en toda su integridad», «Sofía ama la virtud y este amor se ha hecho su pasión dominante» (*Emilio*: 304/314).
- ¹² Citado por M. Horkheimer y T. Adorno, *Dialéctica del Iluminismo*. Bs As: Sudamericana, 1987: 119.
- ¹³ «La educación primera es la que más importa, y ésta, sin disputa compete a las mujeres: y si el autor de la Naturaleza hubiera querido fiársela a los hombres, les hubiera dado leche para criar a los niños. Así, en los tratados de educación se ha de hablar especialmente con las mujeres... las leyes, que siempre se ocupan en las cosas, y casi nunca en las personas, porque su objeto es la paz, no la virtud, no otorgan la suficiente autoridad a las madres...» (*Emilio*: Libro Primero). Como sucede a lo largo de todo el tratado, Rousseau después se encarga de ajustar qué entiende por «madre». El Libro Quinto abunda en la educación de «Sofía o la mujer» (también la madre adecuada).
- ¹⁴ Manejo la edición de Barcelona: Tusquets, 2000. Las citas y paginación corresponden a la misma.
- ¹⁵ El mundo utópico de Fourier, como se sabe, llevaba este nombre
- ¹⁶ *La filósofa... cit.*: 49.
- ¹⁷ *Ibidem*: 52.
- ¹⁸ *La esposa del Dr... cit.*: 30.
- ¹⁹ *Ibidem*: 35.
- ²⁰ *Legisladores e intérpretes cit.*: 106
- ²¹ *La esposa del Dr... cit.*: 37-38.
- ²² *Historia de la sexualidad (1- La voluntad de saber)* México: Siglo XXI, 1987: 49.
- ²³ *Diccionario Latino-Español*. Barcelona: Biblograf, 1969: 173.
- ²⁴ Es un concepto de R. Williams. *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*. Bs As: Paidós, 1982..
- ²⁵ *Emilio*: 322 y sigtes.
- ²⁶ Dice Eugenia después de escuchar las «razones» de Mme. de Saint-Ange: «¡Ah, quisiera casarme mañana mismo para poner inmediatamente en práctica tus máximas!» (*La Filósofa en el tocador*: 53).
- ²⁷ *La esposa del Dr... cit.*: 52.
- ²⁸ *Ibidem*: 317/ 318.
- ²⁹ *La esposa del Dr... cit.*: 53.
- ³⁰ La palabra «esposa» en su acepción jurídica remite a «mujer casada», es decir la que «ha contraído matrimonio que subsiste», es decir, contrato legal para vivir en matrimonio. (M Ossorio, *Diccionario de Cs. Jurídicas, Políticas y Sociales*. Argentina: Ed. Claridad, 1984:293).
- ³¹ Recordemos que la novela empieza en una fecha precisa (30 de agosto de 1828) referida a un momento histórico decisivo: a tres días del decreto orgánico de la dictadura impuesta por las rivalidades de la Convención de Ocaña cuando Bolívar ha eliminado la vicepresidencia que ocupaba Santander, gesto que propicia más conspiraciones en su contra. Y finaliza del mismo modo, un 30 de octubre de ese año (también una fecha indicada), cuando se decide la mudanza de Manuela al palacio de gobierno.

- ³² «No sólo importa que sea fiel la mujer, sino que la tenga por tal su marido, sus parientes, todo el mundo; importa que sea modesta, atenta, recatada, y que los extraños no menos que su conciencia propia den testimonio de su virtud ...» (*Emilio*: 281).
- ³³ *La filosofía en el tocador cit.*: 43.
- ³⁴ Son expresiones de Fourier en *El nuevo mundo amoroso*, México: Siglo XXI, 1972: 362.
- ³⁵ El uso es de Fourier, *Ibid.*: 28.
- ³⁶ *Ibidem*: 28.
- ³⁷ «Los fieles que recibieron los cuadernos de Fourier y los copiaron con harta frecuencia, olvidaron este manuscrito y, cuando pasados los años, los miembros de la Phalange publicaron fragmentos dispares y reediciones diversas, dejaron de lado los cinco cuadernos de *El nuevo mundo amoroso*, que no obstante forman un volumen coherente y claramente novedoso. Este rechazo no fue fortuito: fue resultado de una voluntad deliberada. Víctor Considérant y sus amigos cercenaron una parte, la más audaz, de un mensaje que todos sus pusilánimes esfuerzos no pudieron reducir a los límites medios ni a las virtudes ponderadas». (Simone Debout-Oleszkiewicz, «El destino excepcional de un manuscrito», Ch. Fourier, *El nuevo mundo amoroso cit.*: X)
- ³⁸ Véase especialmente «El fracaso de los filósofos», *El nuevo mundo amoroso cit.*: 362-363.
- ³⁹ *Ibidem*: 55.
- ⁴⁰ La frase es de R. Barthes, *Sade, Loyola, Fourier*, Caracas: Monte Ávila, 1977: 95.
- ⁴¹ Vale la pena señalar que Fourier dirigió su primer libro «a los curiosos, a los voluptuosos y a los críticos».
- ⁴² Tomo las citas de Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI, 1991 :412.
- ⁴³ *El Nuevo mundo... cit.*: 410.
- ⁴⁴ Véase al respecto M. Foucault, *op. cit.*: 33.
- ⁴⁵ *El Nuevo mundo... : 410.*
- ⁴⁶ La frase pretendería desactivar la palabra «adivinación» (cuya fuerza, sin embargo, después supera el esfuerzo de Bolívar, dado que la carta ha sido denominada «profética») respecto de sus conjeturas sobre el desarrollo político futuro en los países de América.
- ⁴⁷ La expresión es de G. Balandier, *El poder en escenas*, Barcelona: Paidós, 1994.
- ⁴⁸ Me baso en G. Carrera Damas, *El culto a Bolívar*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1973.
- ⁴⁹ Balandier dice al respecto: «... he ahí donde reconocer las leyes de una termodinámica social en que se manifiesta la función asignada al desorden en el seno mismo del orden». (*El poder en escenas cit.* 45).
- ⁵⁰ Taussig, Michael. «La magia del estado: María Lionza y Simón Bolívar en la Venezuela contemporánea», *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*. México: Siglo XXI, 1992: 489-518.
- ⁵¹ Es claro que los escritos de Bolívar constituyen genotextos fuertes para Romero y no me refiero solamente a los de carácter político. Para escribir esta novela, si trabaja sobre las biografías de Manuela Sáenz, además se sumerge en el rico epistolario amoroso del Libertador. Una carta dirigida a su amante con fecha de julio de 1826 ilustra la índole de esta correspondencia que Romero aprovecha y expande cuando noveliza la relación: «Mi adorada: ... Tú quieres verme, siquiera con los ojos. Yo también quiero verte, y reverte y tocarte y sentirte y saborearte y unirme a mí por todos los *contactos* ...» (Subrayado en el original) (Simón Bolívar, *Escritos fundamentales*. Caracas: Monte Ávila, 1983: 276).
- ⁵² *La esposa del Dr... cit.*: 15. Subrayado mío.
- ⁵³ Henry Miller *La obscenidad y la ley de reflexión*. Barcelona: Argonauta, 1982:93.
- ⁵⁴ Z. Bauman, *op. cit.*: 107.
- ⁵⁵ Véase *Dialéctica del Iluminismo cit.* : 278.

- ⁵⁶ Citado por J. Touchard, *Historia de las ideas políticas* Madrid: Tecnos, 1975 :432.
- ⁵⁷ La vinculación de Bolívar con los ingleses ha sido hartamente reconocida por biógrafos e historiadores. Desde su iniciación, en 1805, en la rama francesa de la logia escocesa Saint Andrew, en París, cuando fue presentado por Miranda con el Segundo grado (los de este grado se obligaban a no reconocer en América, otro gobierno que el establecido por la voluntad libre y espontánea de los pueblos de acuerdo con los principios republicanos), se establece una relación con Londres que se prolongaría hasta el final de su vida. Entre los soldados de rango que fueron sus edecanes, siempre hubo ingleses «adoptados» afectivamente, como el hijo de sir Robert Wilson y el general D. O'Leary, uno de sus biógrafos. La valoración de los ingleses en el imaginario de Bolívar (directa o a través del pensamiento francés de la época) es visible en sus escritos fundacionales, cuando reconstruye sus sistemas de referencia, tanto desde lo doctrinario como desde lo formal.
- ⁵⁸ *La esposa del Dr...* cit.: 63.
- ⁵⁹ R. Barthes llama *inventor* a Fourier (*Sade, Loyola, Fourier* cit.: 95) y eso ha sido Bolívar respecto de la nación americana como Patria Grande, de ahí el modo como J. Martí lo denomina: «Padre Americano».
- ⁶⁰ *El nuevo mundo...* : 403.
- ⁶¹ Es un concepto definido de este modo por Denzil Romero basado en Fourier (112).
- ⁶² Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*. Bs As: Espasa-Calpe, 1975 (34ta ed.) :31.
- ⁶³ *La esposa del Dr...* cit.: 187.
- ⁶⁴ He tratado esta estrategia en «Escritura y nación: Denzil Romero y la «crisis» del proyecto bolivariano», *Actual* (enero-abril 2002): 229 y sigtes.
- ⁶⁵ Ch. Fourier, *Jerarquía de los cornudos*. México: Ed. Coyoacán, 2000.
- ⁶⁶ Véase *Escritos fundamentales* cit: 276.
- ⁶⁷ Estoy pensado particularmente en otro *Bildungsroman*: *Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba* (1924) de Teresa de la Parra que, como dice S Zanetti, «abre nuevos rumbos a la narrativa venezolana y, al mismo tiempo, entra también de lleno en la lucha por los modos de representación del género, por la configuración de la subjetividad femenina y la autoridad para definir su deseo». («La escuela de las esposas: *Ifigenia* de Teresa de la Parra», en *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2002: 315-316).